

de seductora lumbre,  
subió entre aromas á la excelsa cumbre.

Y vió el Señor entonces  
de sus obras la mágica belleza,  
la magestad del cielo soberano,  
de las flores la gala y gentileza,  
la suavidad del viento y armonía,  
el poder que ostentaba y la grandeza  
cual rey del universo el hombre ufano,  
recién salido de su angusta mano,  
y dijo:—Todo es bueno,  
—el mundo está de perfecciones lleno;—  
aunque en su mente poderosa via  
que entre las flores del pensil humano  
otra flor más brillante brotaría.

Mas su mirada ardiente  
penetró del futuro el denso velo,  
y desde el Trono altísimo del cielo  
el porvenir remoto vió presente.  
En el espejo de su ciencia puro  
vió de Adán y del Ángel la caída,  
y el sol miró manchado, el cielo oscuro,  
y á la culpable humanidad perdida.  
Pero al diluvio del pecado horrendo,  
á esa lluvia de fuego asoladora  
quiso oponer un arca salvadora  
que las olas flamígeras hendiendo  
de esa lava infernal, en donde brilla  
de rebelión la fúnebre bandera,  
del mar inmenso á la lejana orilla,  
que con divina lumbre reverbera,  
al hombre dulcemente condujera.

—Habrá un cielo sin nubes, dijo entonces,—  
un sol sin manchas que perenne brille,  
un ángel de la tierra, á cuyas plantas  
el ángel de los cielos se arrodille  
lleno de amor y de delicias santas.  
Una mujer habrá cuya pureza  
verá el cielo de amor arrebatado;  
ella ha de herir la bárbara cabeza  
bañada en llamas del dragón malvado;  
el fatídico monstruo del pecado  
aunque domine desde polo á polo  
no infamará su ser inmaculado,  
y ni un cabello sólo  
podrá tocar de la que viene pura  
á devolver al globo su hermosura.  
De nuestro excelso Trono  
bajando hasta su seno  
tomará carne el Verbo, y luego el mundo  
con el diluvio de su sangre lleno  
en virtudes y amor será fecundo,  
libre del peso del pecado inmundo.»

Y el arcángel cayó... que la soberbia  
puso el signo del mal sobre su frente,  
y el que ayer puro junto á Dios volaba  
y sus glorias cantaba,  
torpe se arrastra y silba cual serpiente.  
Mas su acento doloso y fementido  
de la incauta mujer en el oído  
cual música dulcísima resuena,  
y con sus manos de alabastro toma  
la hermosa infiel la malhadada poma,  
y al hombre se la ofrece y lo envenena.

¡Quién como yo!...—repite el insensato  
de los rebeldes ángeles el grito,  
y el Cielo entonces clama:—Estás maldito.—  
El orbe entero en colosal tumulto  
contra su rey airado se levanta,  
y le castiga con tremendo insulto.  
El hombre siente vacilar su planta,  
que la tierra, en profundas convulsiones,  
deja el fuego escapar de cien volcanes;  
desátanse los fieros aquilones,  
y el rayo luce por la vez primera  
rasgando el negro manto de la esfera.

Los tigres y chacales  
sienten hervir en su indomable seno  
de su inflamada cólera el veneno.  
En secos arenales  
se convierten los prados seductores,  
y hasta las frescas rosas purpurinas,  
dulces prendas de paz, dicha y amores,  
responden de la guerra á los clamores  
entre armadura bélica de espinas.

Mas una blanca estrella  
de sin igual pureza y hermosura  
su clara luz destella  
entre las sombras de la noche oscura.  
Una mágica brisa  
viene á anunciar la paz y la bonanza,  
una amorosa celestial sonrisa  
de Dios, en lontananza,  
al hombre muestra el iris de esperanza.

Tras de la fiera lucha  
y el fragor del inmenso cataclismo  
sólo del hombre el sollozar se escucha,  
sólo reina en la tierra el hondo abismo.  
La triste raza humana  
queda hundida en un mar de llanto eterno;  
ella, que fué del mundo soberana,  
esclava es de Satán y del Infierno;  
y arrastra una cadena  
que el corazón la oprime,  
y en negra cárcel de fantasmas llena  
su débil ser aprisionado gime.

Pasó el tiempo: los siglos presurosos  
ufanos desplegaron  
sus gigantescas alas, y sobre ellas  
templos, tronos y alcázares alzaron,  
y al imprimir sus huellas  
mil potentes imperios arrasaron.

La horrenda idolatría  
del corazón del hombre se apodera,  
y ansioso clava allí su garra fiera.  
Los más impuros repugnantes vicios  
en *dioses* se convierten,  
y al hombre exigen culto y sacrificios,  
y sangre humana vierten  
con infernal encono  
sobre mentido altar y falso trono.

Mas cuando el mundo ya se desquiciaba,  
de mil delitos é impurezas lleno,  
y de Satán la copa rebosaba

henchida hasta los bordes de veneno;  
 cuando impotente la razón callaba,  
 y el hombre, en su culpable desvarío  
 rompiendo del amor los dulces lazos,  
 iba del genio del orgullo impío  
 á reclamar los pérfidos abrazos,  
 en las regiones de la eterna sombra,  
 de vivas llamas sobre ardiente alfombra,  
 Dios, apiadado de su infiel criatura,  
 interpuso su brazo omnipotente,  
 y en la dulce efusión de su ternura  
 veloz detuvo el rápido torrente.

Y á dos tiernos esposos  
 que el otoño atraviesan de la vida,  
 sin dejar tras de sí la seductora  
 huella de amor querida,  
 un ángel de los Cielos se presenta  
 en el silencio de la noche pura;  
 y al ver que uno suspira y otro llora,  
 dice con voz bañada en dulce encanto:  
 —Oh amigos del Señor, vuestra amargura  
 cese, y tórnese en gozo vuestro llanto;  
 Dios os concede la mayor ventura  
 que al hombre pudo dar sobre la tierra:  
 Ana dichosa, tu aflicción destierra,  
*Que la Madre del Verbo inmaculada*  
*En tu seno santísimo se encierra.*—

Y entró en el mundo el alma de MARÍA,  
 y el mundo entonces renació más bello,  
 y Satán temeroso no acudía  
 á estampar del pecado el torpe sello

sobre aquella mujer predestinada,  
 que aún antes de nacer logró victoria  
 tan noble y señalada,  
 que atravesó la entrada  
 de la vida fugaz y transitoria  
 con corona inmortal de luz y gloria.

Entró en la tierra como el áureo rayo  
 del sol hermoso que preside en Mayo,  
 en el lodo derrama sus fulgores,  
 que luego inmaculado torna al cielo,  
 y convertido deja  
 el cenagal impuro en bellas flores,  
 de aroma envueltas en flotante velo.

El Hacedor del mundo dijo:—*Sea,*—  
 y brotó de su mente poderosa  
 de luz radiante la fecunda idea  
 de un alma noble, justa y candorosa,  
 y á la región humana bajó luego  
 este divino fuego  
 á envolverse en las tintas de la rosa,  
 y en un cendal de nieve esplendorosa.

Hízola Dios en su saber profundo  
 cual otro nuevo sol y nuevo mundo,  
 isla de nácar y oro, que flotante  
 cruza la mar airada donde ruge  
 la negra tempestad amenazante,  
 árbol de amor fecundo  
 que arraigado está en Dios, su tronco tiene  
 en la esfera del cielo rutilante,  
 y á dar sus frutos á la tierra viene.

Los ángeles pulsando  
 las sonoras arpas estremecen  
 del Empíreo las bóvedas doradas,  
 y las auras de luz donde se mecen  
 festivos revolando  
 entre el candor de eternas alboradas,  
 férvidos himnos sin cesar cantando  
 al nombre de MARÍA,  
 sagrado mnaantial de su poëia.

Los patriarcas santos,  
 que esperaban solícitos la hora  
 de levantar á Dios límpias sus alas  
 y de su amante espíritu las galas,  
 gozosos vieron despuntar la aurora  
 de su inmortal ventura,  
 vieron la blanca nave  
 que cruza entre sus olas de amargura  
 el mar del mundo lóbrego y desierto  
 llevando al hombre al anhelado puerto,  
 vieron del cielo la dorada llave,  
 vieron con ella el paraíso abierto.

La tierra se engalana  
 con el fulgor de aquella  
 plácida aurora de feliz mañana,  
 inalterable luna y blanca estrella.  
 Nace la flor temprana  
 más rica en hermosura y lozanía,  
 festivas cantan las canoras aves  
 con más dulce armonía,  
 y el arroyuelo envía  
 murmurios mas suaves

á Dios cuando entre riscos se despeña,  
 y es porque el cielo á modular le enseña  
 el nombre immaculado de MARÍA.

Ya el alcázar del vicio se desploma,  
 su cárcel rompe el universo entero  
 con el blando arrullar de una paloma  
 y al balar de un mansísimo cordero.  
 El Soberano Sol de la Justicia  
 descende hasta la tierra,  
 y al espantoso estruendo de la guerra  
 himnos de paz suceden, que los hombres  
 entonan llenos de inmortal delicia,  
 al ver absortos que el Olimpo estalla,  
 que sus dioses fingidos se evaporan,  
 y que después de colosal batalla  
 Dios sólo es Dios... y férvidos le adoran.

¡Salve, mujer de celestial grandeza,  
 espejo de virtud y de pureza;  
 lirio del valle, immaculada rosa  
 en el Edén nacida,  
 inmarcesible y bella y nunca herida  
 por vil insecto ó sierpe ponzoñosa;  
 alta torre, divina fortaleza  
 donde el genio del mal jamás ha entrado,  
 que hasta el Empíreo subes  
 por cima de las nubes,  
 de las nieblas y sombras del pecado!

¡Salve, ciudad de Dios, mística escala  
 que vió Jacob del éter suspendida;  
 jigante cedro que incorrupto exhala

aroma virginal de eterna vida;  
 armadura del cielo invulnerable;  
 potente egida de diamantes hecha,  
 do por primera vez la formidable  
 espada de Satán saltó deshecha!

Tu immaculado nombre  
 es de la gracia y perfección el signo:  
 sin él jamás el hombre  
 de la mansión del cielo fuera digno;  
 sin esta bella cifra encantadora  
 el palacio de Dios no abre su puerta;  
 Sin esta dulce música sonora  
 del sueño sepulcral nadie despierta.  
 Tiéndenos una mano protectora  
 que en las ásperas sendas de la vida  
 nos libre amante de mortal caída,  
 alta Reina, santísima Señora:  
 cúbrenos con la egida  
 de tu amor y pureza soberana;  
 haz que rompamos de la tumba el sueño  
 en el jardín risueño  
 donde perenne brilla la mañana.

Gloria á la noble España, patria mía,  
 de quien eres santísima Patrona;  
 por eso fué temible á los infieles;  
 por eso en su magnífica corona  
 brillan con luz divina los laureles  
 que en la tierra y los mares recogía;  
 por eso es la nación de la pureza,  
 de la lealtad, la gloria, la grandeza,  
 de la fe, del valor y la hidalguía!

Gloria al Vicario de Jesús ungido  
 y á la Iglesia de Dios, que de luz llena,  
 del Santo Inspirador bajo las alas,  
 grabó sobre tu escudo la azucena  
 que á tu origen prestó nítidas galas.

Gloria al presente siglo,  
 ese coloso, que por gran portento  
 mares sujeta, tempestades doma,  
 unce á su carro el huracán violento,  
 montes taladra y á su voz desploma,  
 hilos de fuego inteligente toma  
 del desgarrado manto de las nubes  
 por dar alas de luz al pensamiento.  
 Gloria al siglo inmortal en que la ciencia  
 enalteciendo al hombre,  
 le señala el fulgor de tu existencia  
 y la grandeza de tu excelso nombre.



LA NOCHE BUENA



# La Noche Buena

## ÉGLOGA

### I

A la orilla de límpida corriente  
que aún en el crudo invierno besa flores,  
descansan dulcemente  
sobre alfombra de césped dos pastores.  
Ya el sacro numen venerado en Delo  
en el mar de Occidente se ha bañado;  
ya su apacible hermana  
la cándida Diana  
brilla en su trono iluminando el cielo,  
viste de plata el renaciente prado;  
ya con su tenue soplo el aura leve  
las tiernas hojas mueve  
del árbol secular, y en los sentidos  
derrama su blandísimo beleño:  
todo al reposo y á la paz convida,

y del hombre sepúltase la vida  
en ese ignoto abismo que abre el sueño.

Recogido el ganado en sus rediles,  
los nobles hijos de la edad de oro  
que, lejos de las viles  
intrigas de la corte, su tesoro  
en paz perenne y soledad amena  
aunque pobres y humildes encontraban,  
los rústicos manjares de su cena  
tranquilos apuraban  
y así entre tanto con candor hablaban:

## AMATHEO

¡Hermosa noche, Aradio! Qué fortuna  
es contemplar el transparente velo  
de la eterna región que es mi consuelo!  
¡Quién duerme en tanto que la blanca luna  
borda de rica filigrana el cielo!

## ARADIO

¡Cuán brillan las estrellas  
en su espléndido alcázar diamantino!  
¡Cuán resplandecen de Jehová las huellas  
en esas luces bellas  
que espejo son de su poder divino!  
Mas ¡ah! ¿Por qué el destino  
del mundo es tan cruel? ¡Dios Soberano,  
yo bendigo tu nombre!  
mas si es grande la fuerza de tu mano  
¿por qué es pequeño y desdichado el hombre?

## AMATHEO

Filósofo pastor, calma esa lucha  
que es tan estéril, desarruga el ceño,  
no te entristezcas, por piedad, y escucha  
lo que anoche he soñado.

## ARADIO

Dí tu sueño.

## AMATHEO

Un divino pastor sobre la tierra  
con su cayado, en que germinan flores,  
aumentaba los monstruos de la guerra  
brindando paz á reyes, á pastores.  
Cual inmenso rebaño,  
iba detrás el universo entero;  
manso y humilde y con amor extraño  
jugaba el fuerte león con el cordero;  
el buitre acariciaba á las palomas;  
los hombres como hermanos se abrazaban;  
los duros riscos, delicadas pomas  
doquier brotaron, y, esparciendo aromas,  
suave miel las encinas destilaban.

## ARADIO

Ilusiones son esas, Amatheo.  
Pero, ¡gran Dios, qué veo!  
un mancebo gallardo  
desciende entre purísimos fulgores.



## AMATHEO

Mas que el jazmín y el nar lo  
 su aérea blanca veste espira olores;  
 sus ojos son la rutilante llama  
 del astro rey del día.  
 ¡Es que en el fuego del Señor se inflama!  
 ¡Es un ángel de luz... Mas ay, nos llama!  
 yo muero, sí, de asombro y de alegría.

## UN ÁNGEL

Nobles hermanos, elevad la frente,  
 pues que ya como á hermanos os saludo:  
 el hijo del Criador omnipotente  
 carne ha tomado en que tendrá su escudo  
 la flaqueza del hombre delincuente:  
 en ella luego la eternal justicia  
 descargará su golpe formidable;  
 hoy nace el que es del Cielo la delicia:  
 el rey de reyes, el cordero amable  
 hoy sale al mundo como grano de oro  
 del cáliz de una mágica azucena:  
 cántenle tierra y cielo en dulce coro.

## ARADIO Y AMATHEO

¡Oh Dios de la bondad! ¡Oh noche buena!

## II

En un ruinoso establo,  
 cercado de pastores,  
 en sus carnes santísimas sufriendo  
 del helado Diciembre los rigores,  
 está el Dios hombre á quien el mundo debe  
 su vida y hermosura,  
 su grandeza los astros y sus leyes,  
 el rayo de su espada los guerreros,  
 y el brillo de su púrpura los reyes.

La más alta virtud á la sencilla  
 pobreza de la mano  
 lleva en esta mansión del Soberano  
 que al pobre ensalza y al soberbio humilla,  
 Los de Oriente finísimos encajes,  
 las espléndidas lámparas de plata,  
 la seda y los bordados cortinajes  
 en donde haciendo á la humildad ultrajes  
 lánguida la molicie se retrata,  
 no están allí; pero la faz divina  
 que inundára el Tabor en pura lumbre,  
 aquel tugurio pastoril convierte  
 en trono celestial y excelsa cumbre  
 triunfadora del tiempo y de la muerte.

La cándida doncella  
 pura, luciente estrella  
 del mar, joya del cielo,  
 esposa del Amor de los Amores,  
 á quien dan sus perfumes del Carmelo

las delicadas flores,  
esa á quien ciñe el Iris cuyo manto  
es el fúlgido sol, á cuyas plantas  
la luna pide con modesto encanto  
miradas bellas y sonrisas santas  
de sus ojos divinos y su boca,  
ese altísimo cedro floreciente  
alcázar de la luz, torre eminente  
que en el Empíreo toca  
elevando hasta Dios la ebúrnea frente  
su esplendor, su mirífica belleza  
que envuelven los querubes  
en blanco velo de aromosas nubes,  
su nítida pureza  
que el negro soplo de Luzbel no empaña  
oculta humildemente  
en la ruda mansión de una cabaña.

Los ángeles de Dios entre fulgores  
bajan á la región de los humanos,  
y en plática feliz con los pastores  
discurren enlazados de las manos.  
Y el mundo exclama al presenciar la escena:  
¡Oh Dios de la bondad! ¡Oh noche buena!



Al glorioso Patriarca Sr. San José